

Alejandro Vicuña

Los contertulios

Capítulo I de las *Crónicas del otro Pimiento*, libro que aparecerá el día menos pensado, en donde, bajo los rubros de *El oro Paraf*, *Lo Cañas*, *Un caso de Amnesia*, *La República Socialista de 1932*, y *la Masacre del Seguro Obrero*, se esclarecerán apasionantes y discutidos episodios de la vida chilena.

SUMARIO

Entre los Pimientos gemelos.—Propósitos de un cronista.—La invasión de las lechuzas.—Conciliábulo nocturno.—Los contertulios.—Franciscano y sus artes venatorias.—Lechuza místico y enemigo de los oradores.—Excursiones gastronómicas.—En el gallinero del convento.—Archivero y sus experiencias alimenticias.—Albóndigas de engrudo y aserrín.—Lonjas de papel ensebado.—Archivero y sus investigaciones históricas.—Chiflón.—Por los ojos de una lechuza.—Yoyó, huésped de la Moneda.—Características de Yoyó.—Mesianismo.—Excursión por los interiores del Palacio Presidencial.—Yo, yo... mientras viva... Yoyó por los aires.—Delirios bajo la luna.—Vigía y su temperamento.—Vigía frente a Yoyó.



ENTIENDELO bien, hermano mío, y sea ésta mi última razón para disuadirte de tu proyecto descabellado.

—Nunca segundas partes fueron buenas. Si algunos aplausos conquistaste tras la publicación de tus *Crónicas*, y para decir la verdad completa, no pocos garabatos

llovieron sobre ti por el mismo motivo ¿con qué objeto arriesgar tu crédito y tranquilidad con la edición de una segunda serie de tus recuerdos, con peligro evidente de que disminuyan los aplausos y se multipliquen las airadas censuras? Sé generoso; comparte los laureles, y deja a tu gemelo que empuñe también la péñola, y estampe sus impresiones acumuladas a lo largo de los años (1).

—Ganándome la delantera en escribir, me has arrebatado la mayor parte de las escenas y temas en que pudiera haber desplegado mi buena memoria y condiciones descriptivas. Sin incurrir en plagio o repeticiones fatigosas, no podré yo referirme a recuerdos o panoramas que han impresionado mi sensibilidad, paralela a la tuya. El amarillo de los viejos álamos de esta inmensa faja de tierra, donde juntos hemos envejecido; la serenidad helénica de la Reina Mora, escoltada por nosotros durante largos años; el rumorear de las aguas, que desde fuentes o pintorescas acequias llegaba hasta nosotros; los ruidos callejeros, en que se entremezclaban los chirridos metálicos de los *carritos de sangre* con los golpes secos de los coches de posta contra los disparejos pavimentos, los gritos melancólicos de los *pregoneros de tortillas buenas* y los agudos silbidos de los *pacos de punto*, han dejado en mi recuerdo tan nostálgicas huellas como en el tuyo; pero, deberé renunciar a la evocación de esos paisajes y

(1) En 1947 aparecieron las *Crónicas de un Pimiento*., libro atribuido a uno de los viejos pimientos que se yerguen en la Alameda frente a las calles Ejército y Almirante Barroso. Individualizando más al autor, se llegó a la conclusión de ser el más desgarrado de los gemelos, ubicado junto a la carretera norte de la Avenida, quien había vaciado sus impresiones y recuerdos en dicho volumen. El otro pimiento, situado junto a la carretera sur, autor de estas nuevas *Crónicas*, alude en estas páginas a la obra realizada por su gemelo y a los temas por él abordados en su libro. Sirva esta explicación para aclarar estas primeras observaciones en aquellos que no hayan leído las *Crónicas de un Pimiento*, publicadas en 1947. El 1.º de junio de 1949, un recio viento que azotó la ciudad de Santiago echó por tierra el Pimiento-escritor, quedando solitario en la Avenida el autor de las presentes líneas.

armonías idos, porque tú ya la hiciste, y en forma del todo satisfactoria para mi sensibilidad, gemela, al fin y al cabo, de la tuya. Por algo somos hermanos, y crecidos todavía en el mismo ambiente.

—Tampoco me será permitido recordar las fiestas apoteósicas con que el pueblo de Santiago celebrara el regreso de los soldados victoriosos del 79, la entrada a la Capital de los caudillos afortunados, de los embajadores de países amigos y de otros personajes que momentáneamente gozaran del aura popular.

—¿Y trataré, por ventura, de evocar nuevamente los días trágicos, en que el furor de multitudes, enardecidas por su propia estupidez y por la maldad de quienes han gobernado este pedazo de tierra, arrasara con los bellos monumentos y el ornato de esta Avenida, o redujera a cenizas los indefensos *carritos* de la locomoción urbana, víctimas propiciatorias de muchas pasiones, acumuladas en el corazón de este pueblo, ordinariamente sumiso y resignado ante su destino?

—Las fiestas estudiantiles de otros tiempos, para celebrar el advenimiento de la primavera, o las animadas escenas de los días precursores de la Cuaresma, en que la *chaya* y aguas perfumadas embalsamaban y coloreaban el ambiente de la gran Explanada; las amorosas *Noches Buenas* del Nacimiento de Jesús, cuando fraternizaban ricos y pobres al son de guitarras y acordeones, entre el humo de sabrosas fritangas y el perfume de las albahacas y gredas de Talagante; y en otro orden de espectáculos, los desfiles grandiosos de las solemnidades religiosas o patrióticas, y las elegantes presentaciones de la aristocracia santiaguina en sus carruajes negros, arrastrados por airosos troncos de sangre; a ninguna de esas maravillosas aguas fuertes de otro tiempo me referiré en las crónicas por empezar. No, todo eso ya fué descrito por ti, y en forma satisfactoria para la verdad y mi sensibilidad, como ya lo tengo declarado.

Mi tarea va a ser más sencilla y de menor responsabilidad para el Cronista.

Mientras mi hermano gemelo se extendió largamente en sucesos por él contemplados, profiriendo además opiniones sobre hombres y acontecimientos, me ceñiré yo a transcribir noticias y juicios, escuchados por mí a través de los años a unos incómodos y temibles huéspedes, que entre mi tupido ramaje han aposentado sus reales.

Si bien pudieran las crónicas de mi gemelo ostentar el mismo título que a sus memorias asignó un chileno, casi centenario, *Algo de lo que yo he visto*, con idéntica razón las mías podrían cobijarse bajo otro rubro un tanto más modesto y menos comprometente: *Algo de lo que yo he oído*.

¿Podré ocultar al lector un sentimiento de emulación, que me impele a transmitir a las generaciones venideras el depósito de ajenas opiniones y confidencias?

El *Non omnis moriar* del Romano suena grato en mi conciencia de viviente. Y aunque la gloria de mi gemelo pudiera bastar para inmortalizarme, en esta tierra donde un hermano disfruta de los honores del bronce por haber querido y alentado a su hermano escritor; no obstante, quiero hacer méritos personales para figurar más tarde con decoro en el gremio de los inmortales.

Variadas avcillas, de esas que alegran la tierra chilena, sin haber pretendido jamás el calificativo de hermosas sino simplemente de simpáticas, vale decir, diucas, chincoles, tortolitas cordilleranas, poblaban mi tupido ramaje, y construían sus rústicas viviendas en los ángulos de mis ganchos. Bajaban, confiadas, en busca del agua de la fuente cercana, o de las semillas-insectos o migajas que niños y mucamas arrojaban al suelo durante sus meriendas callejeras; y en pago de tan frugal alimentación, durante los amaneceres y al caer de la tarde englo-

riaban el ambiente con cantares o arrullos, tan sentidos como faltos de pretensiones. ¿Para qué mayor esfuerzo artístico, si bastaban tales notas a los machitos para enamorar a sus hembras, y a estas últimas, para acunar o despertar a sus polluelos?

Pero un día la amistosa convivencia de lasavecitas bajo mi fronda se vió perturbada por la invasión de otros huéspedes, atropelladores e indeseables, que después de amedrentar y atacar de hecho a las indefensas moradoras de mi follaje hospitalario, se posesionaron en forma definitiva de mi espaciosa y acogedora fronda.

Hasta ese momento, inalterable cordialidad había reinado entre las sencillas aves criollas, sin que ella se sintiese afectada por las inevitables aunque pasajeras discrepancias entre diucas y chincoles. Pasados los momentos de discusión, volvía a reinar la paz y la hermandad entre las contendoras de un momento atrás, amándose y sirviéndose abnegadamente, más o menos como acontece en las moradas de los pobres, en los sórdidos conventillos de esta tierra, santuarios de sufrimiento y caridad, que apaciguan la cólera de las alturas y evitan que el fuego celeste devore a los habitantes de esta ciudad.

De vez en cuando, las palomas del campanario de San Agustín (1); cuando descendían a beber el agua de la fuente cercana, se extendían en sus rondas hasta mi ramaje, y penetraban en sus vuelos sin rumbo al interior de mi morada. Se alarmaban, entonces, las madres en sus nidos, y protegían contra su pecho los huevos o polluelos, dispuestas a luchar con las intrusas; pero, pronto las palomas atolondradas, incapaces de malas intenciones, abandonaban el recinto invadido, volviendo en tal forma la tranquilidad perdida.

Pero, la llegada de las lechuzas—que no otros eran los huéspedes atropelladores a que anteriormente me he referido—

(1) Iglesia que se encontraba en Alameda esquina de Almirante Barroso.

sembró repentinamente el pánico en la población de mi ramaje, y provocó luego el éxodo definitivo de las alegresavecillas. La actitud agresiva de los invasores, que se arrojaron sin piedad sobre diucas y chincoles, y atentaron contra nidos y polluelos, obligó a los débiles a emigrar hacia otros árboles, salvando lo encapillado, y dando gracias al cielo por escapar con vida de las garras y picos de las agresivas lechuzas.

¿Venían, por ventura, los nuevos pajarracos, a establecer sus viviendas en la espesura de mi follaje?

Tradicionalmente sedentarias, las lechuzas no buscaban un sitio para fabricar sus nidos e instalar a sus familias; por nada del mundo abandonarían ellas los desvanes de viejos edificios o campanarios de iglesias, donde vivían desde largo tiempo atrás. Querían solamente un lugar de reunión, donde el silencio y la media luz hicieran grato el ambiente durante sus nocturnos conciliábulos.

¿Qué más podían exigir esos pajarracos, de oídos extremadamente sensibles a cualquier especie de ruidos, y de ojos que sufren con la intensidad de la luz?

Por otra parte, les era muy grata la amplitud majestuosa del sitio escogido para sus reuniones, pues ningún árbol ofrece un interior más despejado que el mío, y al mismo tiempo, mejor protegido por tupido follaje contra miradas indeseables.

Larga convivencia con los nuevos huéspedes me permitió interiorizarme de sus modalidades y miserias.

Desleales y burlescos, no fueron suficientes largos años de camaradería para forjar entre ellos el dulce lazo de la amistad. Mucho alternaban entre sí, y en apariencia se mostraban como buenos amigos, pero en el fondo desconfiaban unos de otros; meticulosamente se observaban, y todavía se motejaban con apodosos no del todo cariñosos.

Durante las reuniones, cuando alguno de los contertulios había de retirarse antes de sus compañeros, ponía a prueba el

poder giratorio de su columna vertebral, alejándose de sus amigos con la vista constantemente vuelta hacia ellos, para impedir así ciertos gestos despectivos que los pajarracos habían aprendido de los humanos.

Archivero, Chiflón, Vigía, Franciscano y Yoyó, todos parecidos en su aspecto físico, y difícilmente distinguibles uno de otro, tenían mayor semejanza aún en sus cualidades morales, con excepción del último, que a más de burlesco, desleal, murmurador, intruso y calculador como sus compañeros, era charlatán, jactancioso y de vanidad inconmensurable, que constantemente le llevaba a hablar de sí o de sus actuaciones, circunstancia esta última que le había merecido el nombre de Yoyó.

Variados domicilios, aunque todos relativamente próximos al lugar de sus reuniones, servían de albergue durante el día a los pajarracos y a sus familias; y a juzgar por los decires de los interesados, aunque no pagaban alquiler por sus viviendas, desde tiempos antiguos eran considerados como buenos parroquianos de las construcciones donde vivían. Tal afirmación, no obstante, parecía un tanto exagerada y benévola para los huéspedes, si se recordaban algunos episodios, relatados por ellos mismos en varias ocasiones, donde figuraban persecuciones tenaces, garrotazos recibidos y fugas espectaculares.

Moraba Franciscano en la vieja torre de la Iglesia de San Francisco (de ahí el apodo con que le llamaban sus compañeros), y se había fabricado allí una especie de nidal, donde figueaban como materiales de construcción algunas plumas y yerbas, entr mezcladas con harapos de mendigos y trozos descoloridos de hábitos de frailes. Sobre dos robustas y disparejas vigas, que cruzaban de muro a muro la torre, a la altura más o menos de la techumbre del templo, descansaba el rústico nidal del pajarraco y su familia, compuesta esta última de su compañera y algunos lechucines un tanto crecidos.

No había sido escogido al azar ese rincón de la torre por

el precavido huésped. Un tanto apagados llegaban allí los sones de las campanas mañaneras, cuando llamaban a los fieles a los oficios religiosos; y sobre todo, los monótonos tic-tacs de la maquinaria del reloj, a esa distancia se transformaban en dulce canto de cuna, bueno para arrullar el sueño de los huéspedes.

Otra circunstancia, y de valor apreciable, había inducido a Franciscano a escoger ese rincón de la torre por domicilio.

Una ranura, abierta en el muro del viejo campanario, permitía a los lechuzas penetrar al entretecho del templo, y disfrutar allí de la abundante caza, que desde tres siglos se multiplicaba bajo los tijerales y vigas maestras de la vetusta construcción. El hacinamiento en ese lugar de tablas, coligües, trozos de barro seco, y otras sustancias desprendidas del tejado monumental, hacía excepcionalmente difícil la tarea de perseguir a roedores, murciélagos y sabandijas variadas; pero, a la estrategia venatoria de Franciscano y los suyos no había obstáculos insalvables que se opusiesen.

Mientras uno de los pajarracos avanzaba cautelosamente hasta las guaridas de los murciélagos, para espantarlos en medio de su reposo, otros, aprovechándose del aturdimiento de los avechuchos y de su estúpido rondar, los atrapaban al vuelo, y por medio de golpes maestros los inutilizaban para la fuga, dejándolos semi-inconscientes en el campo de batalla, para recogerlos, en seguida, junto con otras presas de guerra, y llevarlos como botín codiciado al interior de la torre, donde se daba luego comienzo al festín de los cazadores.

Los roedores eran cazados por Franciscano y los suyos con otras artes adecuadas al caso, artes bélicas recomendadas por largas experiencias y copiosos resultados. Ratas y pericotes caían en las trampas y emboscadas de las lechuzas; y cuando lograban eludirlas y emprender rápida fuga hacia sus cuevas, en la entrada de sus viviendas, la garra implacable de un centinela, allí apostado por Franciscano, tornaba ilusoria para los roedores la última esperanza de salvación.

Con fines más pacíficos, y casi escribiríamos, con deseos místicos, se internaba otras veces Franciscano en el entretecho, saltando de viga en viga, y deteniéndose a ratos en actitud de meditación y de íntimo goce. Eran los instantes en que numerosos creyentes elevaban al cielo desde el interior del templo sus plegarias o monótonos cánticos, mientras los sacerdotes oficiaban en el altar y quemaban los perfumes ante la Majestad Divina. ¡Con cuánto recogimiento parecía escuchar el pajarraco las voces de los fieles, que traspasaban la techumbre del recinto y llegaban hasta sus orejas, abiertas en abanico para no perder una sola cadencia de la común plegaria! ¡Y cómo aguzaba su olfato para aspirar el perfume del incienso, filtrado a través del viejo artesonado de alerce!

En cambio, los nervios de Franciscano parecían excitarse violentamente cuando, tras esa melodía de plegarias, solían llegar voces estridentes, arrojadas al espacio del templo por algunos predicadores, convencidos seguramente de la eficacia de las notas altas y frecuentes trémolos para impresionar a ciertos espíritus. Ante esas intemperancias oratorias, el pajarraco perdía la dulce calma, producida en su ánimo por los rumores de las plegarias y la suavidad de los perfumes sagrados, y abandonando con rapidez el sitio de sus místicos embelesos, se encaminaba a saltos hacia la torre, no sin proferir durante su camino enérgicos improperios contra charlatanes y gritones.

En familiar comunidad, Franciscano y los suyos saboreaban la abundante caza cogida en el entretecho del templo. Murciélagos, pericotes y sabandijas, reducidos a piltrafas, eran repartidos de acuerdo con las leyes de la equidad, entre los voraces estrígidos de la torre de San Francisco. Quienes saboreaban las vísceras de las víctimas, quienes los sabrosos lomos, quienes preferían embriagarse con la sangre tibia, reservándose otros las osamentas y cartílagos de las desgraciadas bestezuelas.

Nada se desperdiciaba en el seno de la familia de Franciscano, ni siquiera las repugnantes membranas de los murciélagos, engullidas también como delicioso manjar.

Pero, había otros banquetes, de que no participaban la esposa ni los hijos del jefe de aquella tribu exterminadora.

A altas horas de la noche, mientras se entregan al sueño sus familiares, Franciscano desciende cautelosamente las escaleras del campanario hasta la plataforma de madera, a cuya altura se halla la portezuela que comunica la torre con el coro de los frailes. Cuando alguna inadvertencia del Hermano Campanero ha dejado abierta dicha comunicación, Franciscano penetra al recinto donde los frailes mascullan mañana y tarde el oficio divino, y sin respeto alguno por el lugar sagrado, salta de brazo en brazo sobre las toscas sillerías de madera. Un último salto permite al pajarraco ubicarse sobre la barandilla del coro.

¡Qué magnífico panorama dominan en esos instantes los ojos de Franciscano! ¡Qué penumbra, cuánta quietud y qué silencio!

El ambiente se apodera del pajarraco; permanece algunos instantes reconcentrado, reflexionando sobre su ingrata tarea en medio de la creación. ¡Cuánta crueldad y egoísmo, desplegados por él frente a la vida! Por cierto que al acometer él contra roedores, murciélagos y sabandijas, destruye elementos dañinos para la vieja construcción de los frailes y favorece la policía interior del edificio. Pero ¿tenía él en vista tales designios de la economía general, o procedía únicamente para satisfacer sus instintos crueles y su apetito insaciable? La conciencia algo remordía en la mente del pajarraco, pero trataba pronto de justificarse y recuperar su individual satisfacción, preguntándose victorioso: *¿Y éstos, que se reúnen diariamente en este templo y se llaman a sí mismos hijos de Dios y formados a su imagen y semejanza, no proceden, por ventura, en forma más cruel y egoísta que la mía?*

Cuando arreciaba el hambre, y se sobreponían los materiales instintos sobre el sentimiento místico, Franciscano, guiado por la única lucesilla del templo a esas horas, la lámpara del Sacramento, realizaba el vuelo desde la barandilla del coro hasta la meta de sus anhelos: la luminaria del Santísimo.

Después de volar sobre los escaños de la nave central del templo, perdiendo un poco de altura en el recorrido, afianzaba sus garras en la baranda del púlpito, y se detenía allí por breves instantes. Nuevamente los ojos escrutadores del pajarraco se paseaban por la oscuridad circundante, experimentando intenso placer en la penumbra que envolvía imágenes y altares.

Pero, la lucesita del Sacramento seguía brillando en medio de ese mar de tinieblas, y atrayendo irresistiblemente a Franciscano.

No sin dejar un pequeño recuerdo sobre la barandilla del púlpito, dedicado a los predicadores estridentes y charlatanes que tanto molestaban sus nervios, el pajarraco emprendía la segunda etapa de su vuelo, y aterrizaba en los bordes del lamparón de bronce, en cuyo centro, sostenido por pequeñas cadenas de metal, descansaba el vasito rojo, lleno de aceite, donde flotaba la mariposa de luz vacilante. Firme sobre sus garras, con un golpe de alas apagaba la luminaria, y luego, el silencio del recinto era interrumpido por un ruido extraño, que se prolongaba por algunos instantes. El aceite del santuario pasaba a través de la garganta del pajarraco, haciendo los gorgoritos de rigor durante las operaciones de cualquier transvasijo.

Un chirrido de satisfacción epilogaba el tránsito de la última gota de aceite desde el vaso rojo hasta el buche de Franciscano, quien, realizado su sacrílego banquete, sin el menor remordimiento, saltaba desde el lamparón al pavimento, y continuaba su excursión en medio de las tinieblas, tropezando de vez en cuando con los escaños o gradas de altares y confesonarios.



Descubierta la glotonería del pajarraco, gracias a algunas plumas chamuscadas, encontradas en los alrededores del lamparón del Santísimo, se preparó una noche el Sacristán para castigar al ladrón sacrílego; y armado del largo coligüe con que se encienden y apagan las velas, esperó al intruso, oculto tras una de las columnas, o más bien, sostenes de los arcos del templo (1).

Llegado el momento propicio, al avanzar, apagavelas en alto, para castigar al ladrón en el propio sitio de su atrevimiento, los cabellos de Fray Junípero se erizaron en presencia de aquella bestezuela, resuelta a defenderse con teatrales aspavientos. Algo superior a sus fuerzas le hizo soltar el enarbolado apagavelas, que cayó sobre el pavimento con estruendo.

Al Superior de la Comunidad confesó Fray Junípero al día siguiente que no había procedido a apalear al delincuente, en los momentos de succionar el aceite sagrado, por temor de dañar la lámpara y quebrar el vasito rojo, de tantos recuerdos para el Convento.

Un sentimiento de amor propio, hizo reaccionar en adelante franciscanamente a Fray Junípero, y en la imposibilidad de impedir el desacato, se fingió de acuerdo con la mala costumbre del pajarraco, que siguió cebándose con el aceite de la luminaria sacramental sin que nadie lo molestase.

¡Pobre hermano lechuza, decía el Sacristán, seguramente tendrá hambre el pobrecito!

Seguro de su impunidad, Franciscano se apresta, pues, tras la succión del aceite sagrado, a continuar su excursión gastronómica, dirigiéndose al gallinero de los frailes, en el segundo patio del Convento.

Con seguridad de experto escalador de muros y violador de domicilios, el pajarraco trepa de un salto sobre la mesa del altar

(1) En realidad, no pueden llamarse columnas, por tratarse de arcos abiertos en antiguas murallas.

del Calvario, adosado al muro sur de la Iglesia, y desde allí se eleva en *tirabuzón* hasta el triángulo de mármol que protege las tres figuras del altar, el Crucificado, María y el Evangelista Juan. Abierta está la pequeña ventana, que comunica con el claustro de los frailes; por ella penetra Franciscano, siguiendo su itinerario.

Cimbrándose sobre la baranda del amplio corredor, se apresta el pajarraco para emprender un vuelo, con escala en el templete protector de la estatua del Padre San Francisco, ubicada en el centro del inmenso patio conventual.

Desde la pirinola del monumento emite Franciscano uno de sus chirridos característicos, que tanto suelen asustar a los supersticiosos, como anuncios de cercana desgracia o muerte, pero pocos serán los frailes que escuchen el grito agorero, por hallarse durmiendo a pierna suelta, tras la agitada tarea del día. Sólo algún religioso, agitado tal vez por intensa preocupación espiritual, percibirá el anuncio del pajarraco, que sonará a sus oídos atormentados como un grito de venturosa liberación.

Desde la techumbre del segundo piso, a la vista ya de la codiciada presa, se arroja Franciscano sobre el gallinero; y sin resistencia alguna, se apodera de tres o cuatro huevos, los que engulle luego, horadando sus cascarones por el vértice, y sorbiendo en seguida su contenido con golosa rapidez.

Una mirada del intruso, de esas con que sabe infundir pavor a sus enemigos, ha bastado para mantener alejadas y en silencio a las aves del gallinero, mientras saborea los codiciados huevos.

Y sólidamente confortado por la apetecida cena, emprende Franciscano su viaje de regreso, cambiando esta vez la ruta, y dirigiéndose de un solo vuelo hasta el vértice del tejado de la iglesia, para contemplar desde allí, antes de recluirse en el interior de la torre, la imponente majestuosa de la cordillera, envuelta en las brumas del amanecer.

En los desvanes de la Biblioteca Nacional, a corta distancia de la morada de Franciscano, vivía otro de los contertulios, que animaban durante las noches el recinto de mi ramaje.

Archivero le llamaban sus compañeros, tomando en cuenta sus inveteradas aficiones de investigarlo todo, y de verificar cuidadosamente los hechos.

Bajo el amplio cupulón de zinc del monumental edificio de los libros y manuscritos, entre montañas de impresos y rollos de cartas geográficas, tenían su vivienda *Archivero*, su compañera y críos.

La construcción moderna, donde se había instalado, no proporcionaba grandes facilidades de vida para él y su familia. Los hierros, cemento, piedra y preciosos mármoles de la fábrica bibliotecaria no son propicios al desarrollo de las especies roedoras o de sabandijas, preciado alimento de buhos y lechuzas, tucúqueres y chunchos, nucos y demás animalejos nocturnos. Una vida, pues, de austera abstinencia en materia de alimentos llevaban *Archivero* y los suyos; y si no habían cambiado de residencia, en busca de mayor abundancia y bienestar, había sido exclusivamente por el empeñamiento de *Archivero*, en permanecer junto a sus queridos manuscritos y libros, suprema delicia de su existencia.

No obstante, en cumplimiento de sus deberes familiares, se empeñó el pajarraco investigador en descubrir medios de subsistencia entre los muros de la Biblioteca Nacional. Excursionó por galerías y salas de lectura, por oficinas y depósitos de libros, por tejados y patios de luz, en busca del codiciado alimento, sin descubrir suficientes medios de vida. En el colmo de su angustia, ensayó la posibilidad de satisfacer su estómago y el de los suyos, alimentándose con el papel, tintas o gomas de los escritorios del establecimiento; pero el resultado de tal régimen dietético fueron algunos dolores intestinales, afortunadamente sin mayores consecuencias. Resueltamente, las lechuzas no poseían las condiciones admirables de aquel *Mitridates*, Rey del Ponto, que

logró acostumbrar sus vísceras a la recepción de toda clase de sustancias venenosas.

Pero, con razón se afirma que más discurre un hambriento que cien letrados. Y en el caso de Archivero, se trataba de un hambriento y letrado al mismo tiempo.

Desde los pisos inferiores de la inmensa fortaleza, donde se guarda el tesoro intelectual de la República, subía algunas veces cierto tufillo de harina remojada, que indicaba a todas luces la existencia de posibles alimentos, no del todo adecuados a los gustos de un estrígido, pero al menos un tanto más digeribles que el papel y la tinta ensayados hasta ese momento.

Bien conocía Archivero los medios de acceso hasta el subterráneo del edificio. Durante el invierno, disponía de cómodas escalas y del pozo del ascensor, donde, agarrado del cable de suspensión, podía cómodamente deslizarse hasta el piso inferior. Desde la primavera, o sea, cuando dejaba de funcionar la calefacción del edificio, tenía otro camino, más rápido aunque menos cómodo que los anteriores: la chimenea de las calderas del agua caliente, ubicadas en el subterráneo, precisamente bajo el inmenso desván donde él y los suyos moraban.

Junto a la ventana poniente del cupulón, se erguía el cañón de la chimenea, con su coqueto sombrerito de lata.

Extendiendo un tanto las alas, hasta ponerlas en sólido contacto con las paredes interiores del cañón, para mitigar así la rapidez del descenso, se dejaba deslizar Archivero por la chimenea, y en un suspiro llegaba al fogón de las calderas, donde gruesa capa de ceniza le servía de amortiguador en su caída.

Los primeros descensos por esa rápida vía, no fueron del todo gratos para Archivero. Cubiertas materialmente sus plumas del hollín depositado en el conducto durante los meses del invierno, y semicegados sus ojos por la acritud del humo solidificado, llegó hasta el colchón de ceniza, sumergiéndose en él hasta la coronilla. Un baño de blanco polvo, sobre el tizne acumulado durante el descenso. Semiaturdido, el paracaidista aban-

donó el blando lecho de cenizas, y sacudiéndose con todas sus fuerzas, logró desprenderse de parte de sus cosméticos y recuperar la livianura de su plumaje y la limpidez de su mirada.

Si Archivero hubiera presumido de elegante, y dispuesto de un espejo en esos momentos de aterrizaje, posiblemente abandonara para siempre esa vía de comunicación entre su desván y el piso inferior del edificio; pero la preocupación familiar de ese padre modelo le hizo olvidar esos detalles de estética y encaminarse resueltamente por la galería subterránea, en dirección al taller de Encuadernación de libros del Establecimiento, sitio desde donde provenía el tufillo de harina remojada.

Nada descuidaba la mirada del excursionista durante su ruta, y así pudo observar grandes montones de aserrín en ambos costados del vestíbulo que iba cruzando, camino del taller encuadernador, aserrín empleado seguramente para el aseo de oficinas y galerías.

Dentro ya del recinto, el olfato certero del pajarraco le condujo hasta un inmenso tarro de lata, lleno de engrudo, destinado a operaciones de la empastadura de libros. Asomó Archivero su pico al interior del recipiente, y luego lo hincó sobre la capa, un tanto dura, que recubría el delicioso manjar. Más abajo de esa corteza, el líquido blanquizo y espeso, donde el glotón hundió la cabeza entera: tanta era el hambre que le atormentaba.

Medio sorbido y medio mascado, en todo caso deliciosamente saboreado, gran parte del engrudo ingresa al buche del hambriento; pero en la conciencia del pajarraco, a pesar del arrobador deleite que lo embarga, no se ha oscurecido la noción del deber familiar. Y se acordó de su compañera y de sus hijos.

Llevar a cuestras el tarro hasta las alturas del cupulón era tarea imposible, tomando en cuenta las dimensiones del cacharro y lo accidentado del trayecto. Por otra parte, la condición semilíquida del engrudo no permitía su traslado sin la vasija

correspondiente. Archivero descubrió un arbitrio para salvar la situación. Salió rápidamente del taller, y regresó a los pocos instantes, apretando fuertemente un puñado del aserrín que había observado en el pasadizo cercano. Varios viajes hacia afuera, y otros tantos regresos con la carga antedicha, permitieron formar un montón de aserrín junto al depósito del engrudo, preparando así el material para la próxima operación culinaria ideada por el pajarraco.

¿De dónde sacó Archivero fuerzas y pericia para mover y ladear el tarro, en forma tal que su lechoso contenido cayese sobre el aserrín acumulado a su vera?

Ello es que, cual experto albañil, con sus garras y encorvado pico, el pajarraco revuelve los ingredientes, como si a tal oficio hubiese dedicado toda su existencia. El engrudo y el aserrín se entremezclan y compenetran hasta constituir una pasta de consistencia suficiente para recibir una forma determinada; y he aquí al flamante pastelero convirtiendo su masa en una gran esfera, especie de albóndiga gigante, de la que va extrayendo después numerosas albondiguillas. Revolcadas estas últimas en el aserrín que ha permanecido al margen de la mezcla, adquieren condiciones de solidez, favorables para su traslado a cualquier domicilio.

En busca de sustancias grasas, pues no es suficiente la fécula para el mantenimiento de la prole, Archivero ha penetrado en otra oportunidad a la sección de la Biblioteca, conocida desde antiguos tiempos con el nombre de *Lectura a Domicilio*.

No todos los ejemplares allí ofrecidos a los lectores conservan esa pulcritud y aseo, deseables por el decoro del Establecimiento, y sobre todo, por el respeto debido a la higiene colectiva. En realidad, los libros favoritos del gran público, que allí acude en demanda de alimento espiritual, suelen estropearse por el uso excesivo, y por la falta de aseo y consideración del lector. De ahí que las obras más solicitadas sufran el desgaste natural

de los libros, o sea, desperfectos en la encuadernación, y acumulación sobre sus páginas de sustancias orgánicas, principalmente materias grasas, que les dan horrible aspecto y les convierten en peligrosos agentes de toda clase de infecciones. A tanto llega la acumulación de sebo humano en algunos ejemplares, que éstos aumentan considerablemente de volumen, y se hinchan como ciertos cadáveres en estado de putrefacción.

Inmune contra toda clase de contagios, y arrastrado por necesidad extrema, que exime de responsabilidad y hace mirar desdeñosamente las disposiciones sanitarias, Archivero se introduce con frecuencia en la sección *Lectura a Domicilio*, desciende al depósito de libros, y zigzaguea golosamente entre las estanterías, ubicadas paralelamente, a pequeña distancia unas de otras. Guiado por su olfato, sabe el pajarraco cuándo debe detenerse y trepar al estante cercano, para escoger luego entre los libros alineados y numerados un Conan Doyle, un Vargas Vila, un Pitigrilli o Guido de Verona, presa tan codiciada del lechuza como el más bien alimentado de los roedores o sabandijas, por las vitaminas acumuladas en sus manoseadas páginas. Sosteniendo tales piezas en las tenazas robustas de su pico, asciende luego Archivero, camino del cupulón, donde las lonjas de papel ensebado o de sebo empapelado constituyen delicioso manjar de su prole. Mientras devoran los pensamientos en conserva de tan enjundiosos escritores como Vargas Vila o Pitigrilli, los ojos de los pájaros no se apartan del lomo del volumen desenquadrado, tela afranelada, escogida por la Dirección del Establecimiento como la más a propósito para absorber grasas y otras sustancias orgánicas; y se necesita de toda la autoridad de Archivero a fin de evitar descomunales riñas de su prole, para quedarse cada cual con la piltrafa más sabrosa del volumen.

Algunas veces, a más de los libros-manjares, disponen en sus festines los estrígidos de otras sabrosas hojitas de papel impregnado de grasa humana, fichas del catálogo de la sección *Lectura a Domicilio*, que Archivero ha logrado despegar de los

casilleros, no sin reiterados esfuerzos y los correspondientes resbalones de su pico sobre las superficies ensebadas.

Cuando en los escasos recuentos del material bibliográfico de la sección, anotan los empleados los vacíos dejados por Archivero en la estantería, con resolución estampan en el inmenso cuaderno de préstamos de libros: *En poder del público*.

Posiblemente, me he extendido demasiado en los ajetreos del pajarraco para obtener su alimento en sitio tan poco hospitalario como la Biblioteca Nacional. En verdad, ejerce Archivero otras actividades más elevadas y en mejor acuerdo con el Establecimiento donde se alberga. Cuando sus necesidades fisiológicas le dan tregua, dedica noches y noches al reconocimiento del material bibliográfico contenido en las diversas secciones de la Biblioteca, otorgando preferencia a los manuscritos y a las colecciones de diarios y periódicos chilenos.

No llega la memoria de Archivero hasta el *desiderátum* de retener todos los sucesos y datos de que en los manuscritos se impone; tal cosa hubiera sido superior a la capacidad de un lechuza, y aun de cualquier humano, por aventajado que se le suponga; pero su instinto de investigador se ha refinado tanto durante sus prolongadas búsquedas y lecturas, que una retentiva local le permite designar con certeza y prontitud el estante o volumen donde se encuentra cualquier materia por averiguar.

Las colecciones de diarios y periódicos chilenos, desde los primitivos, empastados en rojo y celosamente custodiados en la Sala Medina, hasta los gigantescos volúmenes de *Ferrocarriles* y *Tardes*, de *Independientes* y *Estandartes Católicos*, no tenían secretos para Archivero. Pacientemente los había hojeado, imponiéndose de los acontecimientos principales de la vida chilena.

Cuando los documentos o versiones, contenidos en los manuscritos y publicaciones de la Biblioteca, no satisfacían sus ansias de claridad y verdad, salía el pajarraco en excursiones de

investigación, y pernoctaba con cierta frecuencia en los archivos de los Tribunales de Justicia civil o militar, en las Notarías, en las bibliotecas conventuales y hasta en los archivos secretos de muchas instituciones, cuyo acceso, desconocido para el grueso público, era familiar al nocturno investigador. Un vidrio roto, el cañón de una chimenea, una plancha de zinc mal acondicionada en el techo le permitían vigilar el secreto de otros tantos santuarios.

La competencia indiscutible de Archivero para dilucidar los hechos pasados le había convertido en el más útil, si no el más brillante, de los contertulios. Sus datos constituían el nervio de las conclusiones a que se llegaba en esa especie de tribunal histórico, formado por los pajarracos deliberantes; y jamás se tomaba un acuerdo disconforme con las noticias proporcionadas por el prolijo y concienzudo investigador.

Porque, es necesario decirlo, como epílogo de esta rápida presentación de Archivero; a más de sus condiciones técnicas de investigador, tenía una honradez profesional extraordinaria, que le impulsaba a declarar paladinamente su ignorancia o sus dudas en presencia de las cuestiones no bien esclarecidas.

En dos líneas podría esbozarse la figura de *Chiflón*, otro de los contertulios que durante las noches solían reunirse bajo mi amplio ramaje.

Era el más insignificante e incoloro de los lechuzas deliberantes; y sólo abonaba una personalidad un tanto indefinida, su porfía para permanecer como huésped del campanario de San Vicente, donde era objeto de persecuciones y mal trato. La tradición familiar le robustecía en su resolución de vivir allí, a pesar de las circunstancias adversas. Era el último lechuza de una familia totalmente extinguida, cuya existencia entera transcurriera a la sombra de ese viejo campanario. Pensaba él dejar sus huesos en algún rincón del entretecho de ese templo, como lo habían hecho sus antepasados.

Misógino impenitente, los días y noches de Chiflón transcurrían en medio de la soledad, y sin otra preocupación que escapar del Sacristán de la iglesia, empeñado en matarlo, de frente o a mansalva, como numerosas veces lo había intentado.

No era ajena a las actividades asesinas del Sacristán una vieja devota, cliente de esa iglesia, quien le había prometido apreciable recompensa por los despojos de Chiflón, para ciertos fines moralizadores, de que sólo ella y el Sacristán estaban en posesión.

La buena señora, y digo buena no por sus procedimientos sino por sus intenciones, se había propuesto, después de ensayar cuanto remedio o brujería se le había recomendado para curar la embriaguez consuetudinaria de un antiguo criado, poner en práctica una última receta: hacer ingerir al vicioso los ojos de una lechuga, hervidos en aceite. Se le había asegurado a la señora que tal pócima constituía la postrer esperanza de curación del borracho. Y aunque la fe de la devota no era muy grande en el medicamento, quería poner en práctica esta última receta y por eso, con palabras y dádivas acicateaba los instintos asesinos del Sacristán.

Fuera, pues, de la preocupación de Chiflón, de evitar encuentros con su mortal enemigo, no tenía otra actividad apreciable que concurrir asiduamente a las reuniones nocturnas verificadas dentro de mi ramaje, donde desempeñaba papel modestísimo, concretándose a escuchar con cierta displicencia, y al asentir con movimientos de cabeza a lo dicho por los otros contertulios.

Entre los lechugas se le llamaba *Chiflón* por la forma característica como se introducía al sitio de las reuniones. Mientras los demás lechugas subían ordinariamente por mi tronco, hasta llegar a la rama donde se estacionaban, Chiflón cruzaba violentamente el encaje de mis hojas exteriores, sin dañarlas jamás, y se instalaba en su sitio, siempre el último, después de hacer

una ligera venia a sus compañeros. Entraba, pues, como una ráfaga de viento, circunstancia que le había merecido el nombre de Chiflón.

En el lugar de mayor expectación, y siempre ocupando la presidencia de la Asamblea nocturna, se hallaba el más viejo de los lechuzas, a quien sus compañeros llamaban Yoyó, no porque fuera tartamudo, sino por circunstancias que se apreciarán más adelante.

Domiciliado desde años atrás en los desvanes del Palacio de la Moneda, Yoyó se había convertido en verdadero y único señor de los entretechos de la casa de Toesca, expulsando uno a uno los otros lechuzas que moraban en ese inmenso caserón.

Aunque Yoyó y sus numerosos Yoyoítos habían escogido como residencia el entretecho del tercer piso, con vista hacia la plaza donde se yergue la estatua de Portales, no obstante, poco a poco, se habían ido apoderando de todos los desvanes del edificio, ahuyentando violentamente, como ya lo he expresado, a los diversos avechuchos vecindados en la Casa de los Presidentes de Chile.

No era exactamente la glotonería el móvil principal de Yoyó y los suyos en su política exclusivista bajo los techos de la Moneda. Caza abundante de roedores, murciélagos y toda especie de sabandijas menores permitía a las lechuzas oficiales satisfacer sus necesidades fisiológicas.

La característica dominante en los señores de los entretechos de la Moneda era la prepotencia, la vanidad y un ansia de dominio, que sobrepasaban todo límite.

Cuando Yoyó y los suyos realizaban sus rondas policiales, recorriendo los envigados de los cuatro costados del edificio, gastaban con frecuencia rasgos de magnánima generosidad, que ellos mismos se encargaban después de pregonar a los cuatro vientos. Alguna rata, sorprendida por los policías en su camino, lograba posiblemente el perdón y la vida, si, alzada sobre las

patas traseras y con la cabeza profundamente inclinada sobre el pecho, demostraba en tal forma su acatamiento y admiración por los señores de la Casa de los Presidentes. Los ojos verduzcos y penetrantes de las lechuzas se fijaban en estos instantes sobre el animalejo humillado e implorante, y un ligero pestañeo de Yoyó a los suyos indicaba que la piedad y la misericordia habían sido otorgadas al prisionero. No obstante, numerosas experiencias demostraban ciertas anormalidades de los Yoyoes con relación a los presuntos indultados, pues en varias oportunidades, tras el pestañeo de misericordia, un violento picotazo había epilogado la escena del perdón y convertido en cadáver al desgraciado roedor. ¡Era así el humor de los señores de la Moneda!

Este dominio absoluto de Yoyó y los suyos en los entretechos seculares de Toesca, comenzó a crear en esos pajarracos cierta conciencia de superioridad, verdadero estado patológico, que degeneró en una especie de mesianismo crónico.

Por las chimeneas del edificio, y a través de las puertas sin cerraduras o tragaluces sin vidrios del desvencijado caserón, penetran a los pisos inferiores Yoyó y los suyos. No satisfechos con los desvanes, los invasores quieren dominar en las antesalas, salones, oficinas, comedores y demás dependencias de la Casa de los Presidentes.

Aprovechando el sueño de los señores y empleados de la residencia presidencial, los intrusos recorren durante las noches las múltiples habitaciones de la vieja mansión.

¡Con cuánta satisfacción pasean por las espaciosas galerías, hunden sus garras en las mullidas alfombras de los salones o curiosean en los escritorios de Ministros y altos funcionarios! Ni siquiera se acuerdan de las pequeñas dependencias, donde podrían encontrar abundantes provisiones de boca. Les satisface infinitamente más, todo aquello que significa oropel, magnificencia, poder, influencia.

Ante la sonrisa complaciente de Yoyó, saltan los yoyoítos a los asientos donde los Ministros trabajan durante el día, junto a extensos escritorios, o donde atienden a los huéspedes de importancia. Allí trepados, realizan toda clase de monerías, simulando que resuelven importantes cuestiones o alternan con personajes de mayor cuantía. Más de una vez ensayan actitudes despectivas o airadas ante quien resiste sus órdenes o puntos de vista. Yoyó los aplaude, e invita luego a proseguir la excursión nocturna a través del palacio.

En la sala donde el Jefe del Estado acoge a los Embajadores de países amigos, se renuevan las actitudes humorísticas de los rondadores nocturnos, tomando parte en la farsa el viejo Yoyó, quien majestuosamente, recibe a presuntos embajadores, trepado en el sillón presidencial.

Cierta vez, en medio de la recepción diplomática organizada por las lechuzas, uno de los yoyoes salta al sillón desde donde su venerable progenitor preside la farsa; y he aquí que, como por encanto, se transforma el inocente sainete en cuasi-tragedia. Un fuerte picotazo del viejo lechuza, seguido del más estridente chirrido y relampagueo de ojos, advierte al lechuzín jugueteón que tal broma no ha sido del agrado de su padre; y se acentúa el terror entre los yoyoítos, cuando entre tartamudeos de ira, escuchan, tras algunos improperios, esta frase terminante:

—Yo, yo... mientras viva... Yo, yo...

Esa noche, la excursión tuvo su fin antes del amanecer. Alicaídos, la cabeza gacha y los pasos vacilantes, hicieron su entrada los yoyoítos al desván del tercer piso, con frente a la estatua de Portales.

Al día siguiente fué otro día, pero la advertencia de Yoyó a su prole no fué jamás olvidada:

—Yo, yo... mientras viva... Yo, yo...

Perturbaban el reposo diurno de las lechuzas los múltiples ruidos de la plaza adyacente, bocinas de automóviles, las campa-

nas del reloj de «La Nación» y el ir y venir de toda especie de vehículos, cuyos ejes y motores no siempre funcionan con el respeto debido al sueño de los trasnochadores. En la guarida de los estrígidos se escuchaban en tales oportunidades chirridos-rezongos y breves batires de alas, que no interrumpían en forma definitiva el descanso de los pajarracos, sino alcanzaban más bien el carácter de protestas semi-inconscientes contra los enemigos de su sueño.

Había, no obstante, un ruido que a cualquiera hora del día, y por muy profundo que fuese el sopor de Yoyó y los suyos, electrizaba el sistema nervioso de los pájaros, y les hacía abandonar el desván donde dormían, y trepar al techo y cornisas exteriores del Palacio Presidencial.

Cuando las bandas militares solemnizaban el cambio de la guardia en el portón de Palacio, y el izamiento de la bandera nacional, o la llegada de algún Embajador a presentar sus credenciales, la familia Yoyó aparecía invariablemente en la techumbre del edificio.

Sobre el triángulo de argamasa o ladrillo, que corona la construcción, se ubicaba el progenitor, y a ambos lados, sobre la cornisa, su numerosa prole.

Semi-enceguecidos por los rayos solares, los ojos de los lechuzas pestañeaban dentro de sus discos, erizados para proteger las retinas contra la luz.

Impulsado por su instinto gracejo, o más probablemente, víctima de su vanidad incontrolada, Yoyó trepó una vez por el asta de la bandera, mientras tremolaba esta última, agitada por el viento. Contemplaban los Yoyoes a su progenitor, no sin cierta preocupación por tales acrobacias, superiores a la robustez de las patas y garras de su padre, un tanto debilitadas por los años y las andanzas. Punzante fué la sorpresa y angustia de aquellos hijos amantes, al ver a su padre inclinarse hacia el tricolor, momentáneamente plegado al asta por haber cesado el viento, y luego, haciendo maniobras, como si tuviese cuatro ga-

rras en vez de dos, para terciarse sobre el pecho el girón de bandera que había logrado aprisionar. Un aplauso de los yoyoítos coronó el esfuerzo de Yoyó para cruzarse sobre la pechuga el tricolor nacional. Pero ¡efímera alegría! Cuando no terminaban aún de salir los ¡oh! ¡oh! de la garganta de los lechucinos, un ¡ay! de dolor brotó de sus pechos, al ver suspendido por los aires al propio Yoyó, quien ondeaba al viento, junto con los pliegues de la bandera, siendo sacudido en todas direcciones. Afortunadamente la ráfaga cesó pronto en el espacio, y vuelto el tricolor a su situación normal, pudo Yoyó desembarcarse del peligroso avión, y posar de nuevo sus garras sobre la cornisa del Palacio.

A pesar del sacudón sufrido, no perdió el pajarraco olvidadizo los deseos de terciarse sobre la pechuga el emblema nacional; y cada vez que un desfile de tropas ante el Caserón Presidencial o una efemérides patriótica hacía ondear sobre el vetusto edificio el glorioso tricolor, Yoyó gustaba repetir ante sus hijos y la muchedumbre de la plaza, a la que él juzgaba pendiente de sus movimientos y actitudes, la peligrosa acrobacia, de retener junto a su pechuga los colores nacionales.

En aumento progresivo el complejo de superioridad que iba dominando día a día la conciencia del pajarraco, concluyó por crear en él la convicción de que el mundo comenzaba a girar a su alrededor, y que poco a poco había ido él convirtiéndose en principio y fin de todas las cosas.

Del dominio de la ratonera del tercer piso del Caserón monetario, había pasado al dominio absoluto de los entretechos del Palacio; de ahí, su poder había descendido a los pisos inferiores; y todo el movimiento interno y exterior del edificio se regía por normas impartidas por él. Las fuerzas armadas, que en los aniversarios de la República desfilaban ante el Primer Magistrado de la Nación, o las multitudes, agolpadas frente a los muros seculares en demanda de justicia social, rendían ho-

menaje, en verdad, al señor de los entretechos, y nadie sería capaz de discutir la realidad del universal vasallaje a su persona.

Yoyó había pisado los umbrales del misterioso estado de la locura.

Y su conciencia, de dominio en el presente, se volcó también hacia el pasado y el porvenir.

Durante las noches de luna, sobre todo, en los cuartos menguantes o crecientes, excepcionalmente favorables para las condiciones visuales del pajarraco, solía subir a la techumbre de Palacio, y ora caminando lentamente por el vértice del enzingado del edificio, ora por las cornisas de los muros laterales, se encaminaba hacia el frente del Palacio, que mira a la Alameda de las Delicias.

Monologaba en esos instantes, conjugando verbos siempre en primera persona, y abundando el incoherente discurso en pronombres posesivos, también de primera persona, de esos que indican un solo poseedor, *mío, mía, míos, mías. Mi poder, mi pueblo, mi país, mis leyes, mis fuerzas armadas*, y otras frases parecidas salían de la garganta del pajarraco en esas excursiones nocturnas.

Al enfrentar verticalmente, en su ronda por los tejados, el inmenso portón del Ministerio de Relaciones Exteriores, en la parte central del frente hacia la Alameda, de un salto se colocaba Yoyó sobre el triángulo que corona el muro verdoso, y desde allí contemplaba en silencio—un instante siquiera—el inmenso panorama plateado por la luna. Los ruidos de la ciudad, apagados a esas horas de la noche, permitían llegar hasta los oídos del lechuzón el murmullo de la fuente central de la plaza.

Miraba largamente su ciudad, sus héroes, y más allá de las lejanías materiales, su país, su América, su planeta, su universo.

El caballo del monumento de Bulnes y la figura del héroe de Yungay, ambos en actitud de respeto y acatamiento hacia el Palacio de los Presidentes, gratamente impresionaban al obser-



vador nocturno. No así los próceres de la Independencia, San Martín y O'Higgins, que parecían cabalgar y continuar su marcha o carrera, sin tomar en cuenta al personaje que en esos momentos los contemplaba.

Una voz estentórea rompía entonces el silencio de la noche, voz de mando, recriminación, o simplemente, de un desatentado.

—¿Y qué esperan, O'Higgins y San Martín, para converger hacia acá? ¿Y hasta cuándo demorarán Bolívar y Baquedano, en acudir a este sitio del homenaje? Cumplan cuanto antes, Carrera y Freire, con su obligación de rendir pleitesía al Generalísimo. Acabe alguna vez el viejo Bello de levantarse de su silla, y terminen su discusión los *huainas* Amunátegui, y vengán a ofrecer sus respetos al Jefe del Estado.

Reinaba de nuevo el silencio, y en la noche plateada sentíase un batir de alas y plumas; y pronto los menudos pasos de Yoyó por los techos de la Moneda iban acortando la distancia que media entre el frontis palacial de la Alameda y el que decora el costado sur de la Plaza Portaliana.

Rendido por las emociones y el sueño, cabeceaba luego el pajarraco bajo el zinc del tercer piso de la construcción.

El último de los contertulios, a quien presentaré brevemente a los lectores, era llamado Vigía por sus compañeros, y constituía con Yoyó y Archivero el nervio principal de las reuniones nocturnas bajo mi ramaje.

Yoyó y Vigía se odiaban cordialmente.

Yoyó era vano; Vigía, orgulloso, y de este fecundo defecto nacían en este último su franqueza, valor, tenacidad y confianza en sí mismo. Yoyó era ambicioso; Vigía despreciaba los honores, y sólo ambicionaba ser libre y decir su verdad, sin consideración a nada ni a nadie. Yoyó no amaba los bienes materiales, pero como los animales carniceros, aguijoneado por la necesidad, robaba y asesinaba sin piedad alguna, y luego devoraba a su víctima; Vigía, desmintiendo sus instintos de ave rapaz, era

respetuoso del ajeno existir, y jamás se hubiera arrojado sobre la presa conquistada por otro. Yoyó era calculadamente halagador y zalamero, y no desperdiciaba la ocasión de adquirir amigos, aliados o cómplices, utilizándolos luego en forma fructífera para él; Vigía era parco en alabanzas, y aunque sintiera admiración o simpatía por alguien, casi nunca lo manifestaba, y mucho menos, al propio interesado. De acuerdo con la condición anterior, mientras Yoyó barría para adentro, Vigía parecía empeñado en mantenerse en magnífico aislamiento. Ambos lechuzas eran ególatras, siendo esta cualidad la que los asemejaba y enemistaba hasta lo infinito.

La reserva habitual de Vigía, con relación a sus asuntos personales, mantenía a los contertulios en completa ignorancia acerca de sus condiciones de vida.

Interrogado más de una vez sobre el lugar de su vivienda, replicaba invariablemente con desagradable mueca: *Vivo Aquí*. Y no faltaba por cierto a la verdad. Sobre su familia y hábitos íntimos no eran más abundantes las noticias.

En cambio, los lechuzas se formaban idea de sus actividades por el conocimiento, generalmente exacto, manifestado por Vigía de cuanto acacía en la ciudad. Nada ignoraba de lo que sucedía en la política y administración del país, se discutía en el Parlamento o se sentenciaba en los Tribunales de Justicia; comentaba los decires de los clubes sociales, centros políticos, elegantes salones o sitios de dudosa reputación; se hallaba al tanto del último acuerdo de Gabinete, como de las resoluciones tomadas en tenebrosos antros del callejón de las Hornillas. En suma, era el más formidable informante y severo censor de cuanto se hacía realidad bajo el cielo santiaguino, y aun dentro del territorio nacional.

Se comprende que estos antecedentes debían convertir a Vigía en el más importante contertulio de los conciliábulos bajo mi fronda.

Las jiras de este lechuza a través de la ciudad eran incontrolables, pudiendo asegurarse que donde se realizaba algún acontecimiento de importancia allí estaba Vigía, tomando nota de dichos y hechos.

Por todos los lugares públicos y aun privados, circulaba oportunamente Vigía, absteniéndose sólo de merodear por las techumbres de la Moneda, donde el agresivo Yoyó, su rival y contertulio, le hacía objeto de manifestaciones poco amistosas.

La dicción de Vigía, si así pudiera llamarse la expresión de los lechuzas, era difícil, alambicada, desagradable, sin ser incorrecta. Al escucharla, los contertulios sentían alterado su sistema nervioso. No obstante, Vigía continuaba impasible. Tal oratoria restaba simpatía a sus actuaciones dentro de los conciliábulos. El decía cosas justas e inteligentes, pero en forma desagradable, por lo cual jamás el aura de la popularidad y la simpatía habían rodeado a su persona y actividades.

A la inversa, Yoyó, su rival en las asambleas nocturnas, decía cosas incoherentes y sin interés alguno, pero sabía decirlos con énfasis y cierta simpatía, casi humana, aunque integralmente ordinaria, circunstancia esta última que le creaba un ambiente de admiración entre los avechuchos. Casi siempre Yoyó sostenía afirmaciones falsas o defendía situaciones injustas, y no obstante, alcanzaba influencia decisiva sobre los lechuzas. Así son los avechuchos... y también los hombres.

Ligeramente esbozados los principales contertulios de las reuniones, no siempre amistosas, que entre mis ramas tuvieron lugar, cabe añadir a los más importantes y asiduos concurrentes, otros de menor cuantía y de asistencia esporádica, algunas veces, intrusos u ociosos, u otras, invitados especialmente por Yoyó y Vigía, a manera de barra, cuando se anunciaban sesiones borrascosas.

Y conocidos los personajes, cuyas opiniones y actitudes me ha sido dado oír y presenciar el curso de los años, sólo me resta garantizar a quien lea estas páginas que la mayor fidelidad impregnará la transcripción de cuanto escuché o ví durante esas sesiones, donde se discutieron hechos apasionantes con mayor sensatez y espíritu de justicia de los que suelen gastar los humanos,

Félix Armando Núñez

El Dr. W. Mann ⁽¹⁾



QUEL Olimpo de maestros alemanes que desde el primer momento se imponía a nuestra veneración en el Instituto Pedagógico de Santiago de Chile, hacia el año 1916, en que nos iniciábamos en sus aulas, parecía, al descender hasta nosotros, repetir en un clima de penumbra cordial, la máquina o maravilloso de los poemas homéricos: porque en nuestra fantasía vivaz de adolescentes más de un rasgo enérgico y sugeridor, ya corporal, ya anímico, reproducía en la realidad sonriente y tangible de esos insignes profesores la presencia de los viejos dioses, que venían a fortificarnos para la apasionada y anónima guerra de treinta o cuarenta años... ¿No era el Dr. Federico Hanssen un Júpiter reencarnado, con su augusta cabeza, los paralelos ríos de azucena de su barba, la majestad de su erguida estatura, su lento andar, y el ademán a la vez dulce e imperativo, como para ordenar el rocío o el rayo? ¿Era demasiado audaz acaso recordar, refiriéndolo al Dr. Rodolfo Lenz, lo que se dijo de Sócrates: que se transfiguraba en un insensible climax de elevación y semejaba así esos silenos de barro que en su interior escondían un dios?

Para nosotros, los alumnos de Castellano, surgían éstas como

(1) Discurso leído en el Salón de Honor de la Universidad de Chile.